

gar con las palabras, añadiendo y quitando á nuestra voluntad, eso quédese para el que declara, cuyo propio oficio es; y nosotros usamos de él después de puesto cada un capítulo, en la declaración que se sigue. Bien es verdad, que trasladando el texto, no pudimos tan puntualmente ir con el original; y la cualidad de la sentencia, y propiedad de nuestra lengua nos forzó á que añadiésemos algunas palabritas, que sin ellas quedara oscurísimo el sentido; pero estas son pocas, y las que son, van encerradas entre dos rayas de esta manera (). Vmd. reciba en todo esto mi voluntad, que lo demás no me satisface mucho, ni curo que satisfaga á otros; básteme haber cumplido con lo que se me mandó, que es lo que en todas las cosas más pretendo y deseo.



CANTAR DE CANTARES.

Propiedad es de la lengua hebrea doblar así unas mismas palabras, cuando quiere encarecer alguna cosa, ó en bien, ó en mal. Así que decir, *Cantar de cantares*, es lo mismo que solemos decir en castellano, *Cantar entre cantares*, es hombre entre hombres, esto es, señalado, y eminente entre todos, y más excelente que otros muchos. Entendemos de esto, que nos mostró la riqueza de su amor, y regalos el Espíritu santo más en este *Cantar*, que en otro alguno. Pues dice así.

CAPITULO I.

ARGUMENTO.

El Alma recién convertida y herida del amor de Dios, desea con ansia unirse á Él, desengañada del amor de las criaturas; pero conociendo su flaqueza, le pide que la lleve tras sí con los atractivos de su gracia. Confiesa con humildad los yerros pasados, y para no volver á ellos suplica á su Esposo que la muestre el verdadero camino. El Esposo la manda que siga las huellas de los Santos, y se gobierne por sus ejemplos: que se sujete al yugo de la obediencia, mortificando sus sentidos, y abrazándose con las demás leyes de la penitencia. Hácelo así la Esposa, confiada en la asistencia de su Esposo: y él corresponde regalándola con nueva luz, y más viva inspiración de amor: con lo cual alegre ella desea con mayor ansia gozar tranquilamente de la vista de su Esposo.

1. (ESPOSA.) *Bésemme de besos de su boca: porque buenos (son) tus amores más que el vino.*
2. *Al olor de tus unguentos buenos: (que es) unguento derramado tu nombre: por eso las doncellas te amaron.*
3. *Llévame en pos de ti: correrémos. Metiόμε el Rey en sus*

retretes: regocijarnos hemos y alegrarnos hemos en tí, membrárenos han tus amores más que el vino: las dulzuras te aman.

4. *Morena yo, pero amable, hijas de Jerusalém, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón.*

5. *No miréis que soy algo morena, que miróme el sol: los hijos de mi madre porfaron contra mí, pusieronme (por) guarda de viñas: la mi viña no me guardé.*

6. *Enseñame, oh Amado de mi alma, dónde apacientas, donde sesteas al medio día: que porque seré como descarriada entre los ganados de tus compañeros.*

7. (ESPOSO.) *Si no te lo sabes, oh hermosa entre las mujeres, salte (y sigue) por las pisadas del ganado, y apacientará tus cabritos junto á las cabañas de los pastores.*

8. *A la yegua mia en el carro de Faraón te comparo, amiga mia.*

9. *Lindas (están) tus mejillas en los cerquillos, tu cuello en los collares.*

10. *Tortolicas de oro te harémos esmaltadas de plata.*

11. (ESPOSA.) *Cuando estaba el Rey en su reposo el mi nardo dió su olor.*

12. *Manojuelo de mirra el mi Amado á mí, morará entre mis pechos.*

13. *Racimo de Copher mi amado á mí de las viñas de Engaddi.*

14. (ESPOSO.) *¡Ay! cuán hermosa, amiga mia, (eres tú), y cuán hermosa! tus ojos de paloma.*

15. (ESPOSA.) *¡Ay! cuán hermoso, amigo mio, (eres tú), y cuán gracioso! Nuestro lecho está florido.*

16. *Las vigas de nuestra casa son de cedro, y el techo de ciprés.*

EXPOSICIÓN.

1. *Bésemi de besos de su boca: porque buenos (son) tus amores más que el vino.*

Ya dije que todo este libro es una égloga pastoril, en que dos enamorados, Esposo y Esposa, á manera de pastores, se hablan y se responden á veces. Pues entenderémos, que en este primer capítulo comienza á hablar la Esposa, que habemos de fingir, que tenía á su amado ausente, y estaba de ello

tan penada, que la congoja, y deseo la traía muchas veces á desfallecer y desmayarse. Como parece claro por aquello que después en el proceso de su razonamiento dice, cuando ruega á sus compañeras, que avisen al Esposo de la enfermedad y desmayo, en que está por sus amores, y por el ardiente deseo que tiene de verle: que es efecto naturalísimo del amor, y nace de lo que se suele decir comunmente, que el ánima del amante vive más en aquel á quien ama, que en sí mismo. Por donde cuanto el amado más se aparta, y ausenta, ella que vive en él por continuo pensamiento, y afición, vale siguiendo, y comunica ménos con su cuerpo, y alejándose de él, le deja desfallecer, y le desampara en cuanto puede; y no puede tan poco, que ya que no rompa las ataduras que la tienen en su cuerpo presa, no las enflaquezca sensiblemente. De lo cual dan muestra la amarillez del rostro, y la flaqueza del cuerpo, y desmayos del corazón, que proceden de este enajenamiento del alma. Que es también todo el fundamento de aquellas quejas, que siempre usan los aficionados, y los poetas las encarecen, y suben hasta el cielo, cuando llaman á lo que aman, almas suyas, y publican haberles sido robado el corazón, tiranizada su libertad, y puestas á saco mano (1) sus entrañas: que no es encarecimiento, ni manera de bien decir, sino verdad, que pasa así por la manera que tengo dicho. Y así la propia medicina de esta afición, y lo que más en ella se pretende y desea, es cobrar cada uno que ama, su alma, que siente serle robada; la cual porque parece tener su asiento en el aliento, que se coge por la boca, de aquí es el desear tanto, y deleitarse los que se aman, en juntar las bocas y mezclar los alientos, como guiados por esta imaginación, y deseo de restituirse en lo que les falta de su corazón, ó acabar de entregarlo del todo. Queda entendido de esto con cuánta razón la Esposa para reparo de su alma y corazón, que le faltaba por la ausencia de su Esposo, pide por remedio sus besos, diciendo: *Bésemi de besos de su boca* (2). Que es decir, susten-

(1) *A saco mano*, voz poco usada, que significa lo mismo que á saqueo.

(2) Cristo, Esposo fiel de su Iglesia, y ella Esposa querida y amada suya, por razón de este ayuntamiento que entre ellos se celebra, cuando

tado me he hasta agora, viviendo en esperanza, visto he muchas promesas de su venida, y muchos mensajes he recibido; mas ya el ánimo desfallece y el deseo vence; sólo su presencia y el regalo de sus dulces besos, es lo que me puede guarecer: mi alma está con él, y yo estoy sin ella, hasta que la cobre de su graciosa boca, donde esta recogida. Y no hay que pedirle vergüenza á la Esposa en este caso, que el mirar en estos achaques, es de flaqueza de afición: que el amor grande y verdadero rompe con todo, y muéstrase tan razonable y tan conforme al entendimiento del que ama, que no le da lugar para imaginar, que á nadie le pueda parecer otra cosa (1). Dice pues: *Bésemi de besos de su boca*. Que atenta la propiedad de su original, se dijera bien en castellano, *Bésemi con cualesque besos*: en que da á entender lo mucho que desea la presencia de su Esposo, y lo mucho en que la precia (2), pues para la salud de su desmayo, que es tan grande, no pide besos sin cuento, sino cualesquiera besos.

Porque buenos son tus amores más que el vino. Da la razón de su deseo, que es el gran bien y contento que se encierra en los amores de su Esposo, y la gran fuerza que tienen para encenderle la alma y para sacarla de sí, como lo hiciera el más generoso y fuerte vino. Y viene esto bien á propósito de su desmayo, cuyo remedio suele ser el vino. Como si imagi-

reciben los fieles dignamente en la hostia su carne, son una carne y un cuerpo entre sí. Bien y brevemente Theodoreto sobre el principio de los Cantares. y sobre estas palabras de ellos: *Bésemi de besos de su boca*, en este propósito dice de esta manera: «No es razón que ninguno se ofenda de esta palabra de *beso*, pues es verdad que al tiempo que se dice la Misa, y al tiempo que se comulga en ella, tocamos al cuerpo de nuestro Esposo, y le besamos y le abrazamos, y como con Esposo, así nos ajuntamos con él, etc.» (*Nombres de Cristo, tomo III, página 243*).

(1) Este afecto declara bien Santa Teresa por estas palabras: «Dirán que soy una necia, que no quiere decir esto, que tienen muchas significaciones estas palabras, *beso* y *boca*, que está claro que no habíamos de decir estas palabras á Dios; y que por esto es bien que estas cosas no las lean gente simple. Yo confieso que tienen muchos entendimientos, mas el alma que está abrasada de amor que la desatina, no quiere ninguno, sino decir estas palabras. Sí, que no se lo quita el Señor. ¡Válame Dios! ¿Qué nos espanta? ¿No es más de admirar la obra? ¿No nos llegamos al santísimo Sacramento?» *Conceptos del amor de Dios, cap. I*.

(2) Algunos manuscritos, y lo mucho bien que le parecía.

násemos que sus compañeras se lo ofrecían, y ella lo desecha y responde: El verdadero y mejor vino para mi remedio, será ver á mi Esposo. Así que conforme á lo que se trata, la comparación hecha del vino al amor es buena; demás de que en cualquier otro caso es gentil, y propia comparación, por los muchos efectos en que el uno y el otro se conforman (1). Natural es al vino, como se dice en los Psalmos y Proverbios (2), el alegrar el corazón, el desterrar de él todo cuidado penoso, y el henchirle de ricas y grandes esperanzas. Hace osados, seguros, lozanos, descuidados de mirar en muchos puntos y respetos, el vino, aquellos á quien manda: que todas ellas son también propiedades del amor, como se ve por la experiencia de cada día, y se podría probar con muchos ejemplos y dichos de hombres sabios, si para ello nos diera lugar la brevedad que tenemos prometida. Dice más adelante:

2. *Al olor de tus unguentos buenos*: hase de entender y añadir, *volveré en mí*, y sanaré de este mi desmayo; porque está falta y cortada esta sentencia, como dicha de persona apasionada y enferma, y que le falta el aliento; y como acontece las más veces en todo lo que se dice con alguna vehemente pasión, que el amor demasiado traba la lengua y demedia las palabras y las razones. *Ungüentos buenos* llama, lo que en nuestra lengua decimos aguas de olor, ó confecciones olorosas, que todo viene bien con el desmayo que habemos dicho, para cuyo remedio se suele usar de cosas semejantes. Así que todo es demostración y encarecimiento de lo mucho que ama á su Esposo, y de lo mucho que puede con ella su vista y presencia. Porque es como si dijese: Si yo viese aquí á quien

(1) Los espirituales deleites que siente el alma unida con su Dios se comparan al vino, que es símbolo de alegría. Son más que el vino: porque ninguna alegría, ni todas juntas, se igualan con esta. También se figuran por el nombre de pechos; porque no son los pechos tan dulces ni tan sabrosos al niño, como los deleites de Dios son deleitables á aquel que los gusta. Y porque no son deleites que dañan la vida, ó que debilitan las fuerzas del cuerpo, sino deleites que alimentan el espíritu, y le hacen que crezca, y deleites por cuyo medio comunica Dios al alma la virtud de su sangre hecha leche, esto es, por manera sabrosa y dulce. (*Nombres de Cristo, tomo III, pág. 258*).

(2) Psalm. 103, v. 15.—Prov., cap. xxxi, v. 6, etc.

amo, con la fragancia sola de sus olores tornaría en mi. Declara luego cuán grande sea esta fragancia, y por eso añade: *Porque es unguento derramado tu nombre. Derramado* quiere decir, según la propiedad de la palabra hebrea á quien responde, repartido en vasos, ó mudado de unas bujetas en otras, porque entonces se esparce y se siente más su buen olor. *Tu nombre*, no quiere decir tu fama, como algunos entienden, y se engañan, y como se suele entender en otros lugares de la sagrada Escritura, porque eso viene fuera de lo que se trata; quiere decir, el nombre con que es llamado cada uno. Así que dice, llamaste olor esparcido; que es decir, es tal, y trasciende tanto tu buen olor, que podemos justamente llamarte, no oloroso, sino el mismo olor esparcido. Que es manera usada en la sagrada Escritura y en otras lenguas, en la cosa de que uno es loado ó vituperado, ponerle nombre de ella, para mostrar que la posee en sumo grado, y no así como quiera. Como parece claro acerca de San Mateo (1), donde Cristo á Simón, el principal Apóstol, para demostración de su firmeza y constancia, le puso por nombre *Cephas*, que quiere decir piedra. Mas porque no parezca que la afición engaña á la Esposa, y que es ella sola á quien parece así, añade luego: *Por eso las doncellas te aman*. Esto es decir, no solamente soy yo la que se enamora de ti, ni sola la que siente deleite y se aficiona á tus lindos olores, que cuantas doncellas hay, hacen lo mismo; las cuales propiamente se pierden por todo lo que es oloroso, hermoso y gentil (2).

(1) Matth., cap. xvi, v. 18, Joann., cap. i, v. 42. Véase sobre esto lo que dice el autor en el *Prólogo á los Nombres de Cristo*, tom. III, pág. 15.

(2) Divinamente dice la Esposa: Al olor de tus unguentos correrémos: las doncellas te aman: porque solo el olor de aqueste gran bien (de Cristo Dios y hombre) que tocó en los sentidos recién nacidos, y como donceles del mundo, les robó de tal manera las almas, que las llevó en su seguimiento encendidas. Y conforme á esto es también lo que dice el Profeta: *Esperamos en ti, tu nombre y tu recuerdo, deseo del alma, mi alma te deseó en la noche*. Porque en la noche, que es, según Theodoro declara, todo el tiempo desde el principio del mundo, hasta que amaneció Cristo en él como luz, cuando á malas penas se divisaba llevaba á sí los deseos; y su nombre apenas oído, y unos como rastros suyos impresos en la memoria, encendían las almas. (*Nombre de Amado, tomo III, pág. 335*).

3.° *Llévame, en pos de ti correrémos.*

Puédese entender esto como cosa que está junta con la razón ya dicha, de arte que de todo ello resulte esta sentencia de la Esposa al Esposo: Ven, Esposo mio, y llévame en pos de ti con el olor de tus olores, que es tan grande, que como he dicho, aficiona á todos; y seguirte he corriendo. O decir que es razón por sí, sin traer dependencia con lo de arriba: en la cual explica con nuevo encarecimiento el deseo que tiene de verse con su Esposo; pues estando, como estaba, enferma y sin fuerzas, dice que le seguirá corriendo si la quiere llevar consigo (1).

Metióme el Rey en sus retretes, regocijarnos hemos en ti, alegrarnos hemos, membrársenos han tus amores más que el vino: las dulzuras te aman.

¡Cuán natural es esto del amor, imaginar que posee ya lo que desea, y tratar como de cosa hecha, de lo que que pide la afición! Porque dijo que si el Esposo la llamase, se iría corriendo en pos de él, imagina como que la llama y la lleva tras sí, y la mete en su casa, donde la hace grandes amores y regalos. Y así dice *metióme*, que según el uso de la lengua hebrea, aunque muestra tiempo pasado, se pone por lo que está por venir, por mostrar la certidumbre y firme esperanza que tiene de ello. Así que meterme ha. *El Rey*: olvidóse de la persona de Pastor en que hablaba, y así llámale por su nombre, que siempre el amor trae consigo estos descuidos. O

(1) La oveja perdida (que es el hombre) el Pastor que la halló, como se dice en San Lucas, no la trujo al rebaño por sus piés de ella, ni guiándola delante de sí, sino sobre sí y sobre sus hombros. Porque si no es sobre Cristo, no podemos andar, digo, no será de provecho para ir al cielo, lo que sobre otro suelo anduviéremos. ¿No habéis visto algunas madres, que teniendo con sus dos manos las dos de sus niños, hacen que sobre sus piés de ellas pongan ellos sus piés, y así los van allegando á sí, y los abrazan, y son juntamente su suelo y su guía? ¡Oh piedad la de Dios! Esta misma forma guardáis, Señor, con nuestra flaqueza y niñez. Vos nos dáis la mano de vuestro favor. Vos hacéis que pongamos en vuestros bien guiados pasos los nuestros. Vos hacéis que subamos, vos que nos adelantemos. Vos sustentáis nuestras pisadas siempre en vos mismo, hasta que avecinados á vos en la manera de vecindad que os contenta, con nudo estrecho nos ayuntáis en el cielo. (*Nombre de Camino, tomo III, pág. 53*).

digamos que es propiedad de aquella lengua, como lo es de la nuestra, todo lo que se ama con extremado y tierno amor, llamarlo así, mi Rey, mi bien, mi Príncipe y semejantemente. *En sus retreles*: esto es, en todos sus secretos, dándome parte de ellos y de todas sus cosas, que es la prueba más cierta del amor. Declárase esto en lo que se sigue: *Regocijarnos hemos en ti, alegrarnos hemos*, esto es, juntamente contigo. *Membrárenos han tus amores, más que el vino: las dulzuras te aman*. Muestra por el efecto, el exceso de los regalos y placeres que ha de recibir en el retrete de su Esposo, porque dice le quedarán impresos y esculpidos en la memoria más que ningún otro placer ni contento, por mayor y más señalado que sea (1).

En este lugar hay diferencia entre los que escriben, así en la traslación como en la declaración de él, y nace todo el pleito de la palabra hebrea *Mesarim*, que yo traslado, *dulzuras*, lo cual propiamente suena, *derechas* ó *á las derechas*; y según el parecer de algunos hombres (2) doctos en aquella lengua, cuando se junta á esta palabra *Iaiin*, que significa *vino*, le da título de bueno y preciado vino; como si dijésemos tal vino, que justamente y con derecho se bebe, como dirémos después. Aunque hay otros de diferente parecer. San Jerónimo sigue el sonido de la voz, y así traslada: *Las derechas* ó *los derechos te aman*, esto es; los justos y buenos. Siguiendo esta letra, quiere decir la Esposa: Acordarme he de tus amores, esto es, del que tú me tienes y yo te tengo, de tu trato y conversación blanda, y regalada, y amorosa, más que de ningún otro placer ó alegría: que todas ellas se entienden por el vino de que se hace mención, por el alegría y placer grande que pone en los corazones de los que usan de él. Y da luego la ra-

(1) Las obras por cuya mano metemos á Dios en nuestra casa, que puesto en ella la hinche de gozo, son el contemplarle, y el amarle, y el ocupar en él nuestro pensamiento y deseo, con todo lo demás que es santidad y virtud. Las cuales obras ellas en sí mismas son por una parte tan propias de aquello que en nosotros verdaderamente es ser hombre, y por otra tan nobles en sí, que ellas mismas por sí, dejado aparte el bien que nos traen, que es Dios, deleitan al alma, que con sola su posesión de ellas se perficiona y se goza. (*Nombre de Esposo, tomo III, pág. 254*).

(2) Algunos manuscritos, *algunos hebreos doctos*.

zón por qué tiene de preciar en tanto los amores de su Esposo y de acordarse de ellos, diciendo: *Las dulzuras* ó *derechas te aman*: que es decir, todo lo que es bueno, Esposo mio, todo lo que es dulce y apacible, te cerca y te abraza; estás cercado de dulzuras, y eres acabado y perfecto en todas tus cosas.

Puédese leer á mi juicio de otra manera, y no menos acertada, la cual es esta: *Membrarémonos*, y poner luego punto, como se ve en su lengua original. Y seguir luego: *Tus amores mejores que el vino preciado te aman*: esto es, te hacen amable; y la causa es, porque son más dulces, y deleitosos, que la misma dulzura, y deleite, que, como hemos dicho, se declara en el vino. Y según esta manera en la primera palabra, *membrarémonos*, *acordarémonos*, que al parecer, queda así desacompañada, se encierra un accidente muy dulce, y natural en los que bien se quieren, cuando acontece verse después de una larga ausencia: que se cuentan el uno al otro, con el mayor encarecimiento que saben, la pena y dolor con que por esta causa han vivido. Así que la Esposa, como había dicho, que se vería en el secreto de su Esposo, y se alegraría, y regocijaría juntamente con él; añade convenientemente lo que por orden natural de afición se sigue después del regocijo de la primera vista. *Acordarnos hemos*, esto es, contaremos tú á mí, y yo á ti lo mucho que en esta ausencia habemos padecido: traerémos á la memoria nuestras ansias, nuestros deseos, nuestros celos y temores. Pues quede de aquí, que esta razón por cualquiera manera que se entienda, va llena de ingenio, y de gentileza, y de una afición blandísima.

4. *Morena yo, pero amable, hijas de Jerusalém, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón.*

Bien se entiende del Salmo cuarenta y cuatro, adonde á la letra se celebran las bodas de Salomón con la hija del Rey Pharaón (que es como he dicho la que habla aquí en persona de Pastora, y en figura de la Iglesia) que era no tan hermosa en el parecer de fuera, quanto en lo que encubría de dentro; porque allí se dice (Ps. 44, v. 15): *La hermosura de la hija del Rey está en lo escondido de dentro*. Pues responde aquí agora la Esposa á lo que le pudieran oponer los que la veían tan confiada del amor que la tenía su Esposo, siendo al parecer more-

na, y no tan hermosa; que siempre en esto tiene gran recato el amor. Dice pues, yo confieso, que soy morena, pero en todo el resto soy hermosa, y bella, y digna de ser amada, porque debajo de este mi color moreno, está gran belleza escondida. Lo cual como sea, decláralo luégo por dos comparaciones. Soy, dice, *como las tiendas de Cedar*, y como los tendejones de Salomón. *Cedar* llama á los Alárabes, que los antiguos llamaban Númidas, porque son descendientes de Cedar, hijo de Ismael (Gen., c. xxv, v. 13); y es costumbre de la Escritura llamar á la gente por el nombre de su primer origen, y cabeza. Estos Alárabes es gente movediza, y no viven en ciudades, sino en el campo, mudándose cada un año donde mejor les parece; y por esta causa viven siempre en tiendas, hechas de cuero, ó lienzo, que se pueden mudar ligeramente. Así que es la Esposa en hermosura muy otra de lo que parece, como las tiendas de los Alárabes, que por defuera las tiene negras el aire, y el sol, á que están puestas; mas dentro de sí encierran todas las alhajas y joyas de sus dueños, que como se presupone, son muchas, y muy ricas. Y como los tendejones, que tiene para usar en la guerra Salomón; que lo de fuera es de cuero para defensa de las aguas, mas lo de dentro es de oro, y seda, y lindas bordaduras, como suelen ser las de los otros Reyes.

Esto es cuanto á la letra, que según el sentido que principalmente pretende el Espíritu santo, clara está la razón, por qué la Iglesia, esto es, la compañía de los Justos, y cualquiera de ellos tiene el parecer de fuera moreno, y feo, por el poco caso, y poca cuenta, ó por mejor decir, por el grande mal tratamiento, que el mundo les hace: que al parecer no hay cosa más desamparada, ni más pobre ni abatida, que son los que tratan de bondad, y virtud, como á la verdad estén queridos, y favorecidos de Dios, y llenos en el alma de incomparable belleza.

5. *No me desdèneis si soy morena, que miróme el sol: los hijos de mi madre porfiaron contra mí, pusieronme (por) guarda de viñas, la mi viña no guardé.*

Responde esto muy bien al natural de las mujeres, que no saben poner á paciencia todo lo que les toca en esto de la hermosura. Porque según parece, bien pagada quedaba esta pe-

queña falta de color, con las demás gracias que de sí dice la Esposa, aunque en ello no hablara más; pero como le escuece, añade diciendo, y muestra, que esta falta no le es así natural, que no tenga remedio, sino venida acaso, por haber andado al sol, y aun eso, no por culpa suya, sino forzada contra su voluntad por la porfía de sus hermanos. Y así dice: *No me miréis que soy morena, que miróme el sol*; esto es, anduve á él, y pegóseme; y la causa de andar yo así, fué porque *los hijos de mi madre porfiaron* (encendidos) *contra mí, pusieronme por guarda de las viñas, la mi viña no guardé*. Dice, que no guardó su viña, porque se olvidó de sí, y de lo que tocaba á su rostro, por entender en guardar las viñas ajenas, en que sus hermanos por fuerza la habían ocupado (1). Y no se ha de entender, que esto pasó así, como se dice, por la hija de Faraón que habla aquí, porque siendo hija de Rey no es cosa verisimil de creer; sino presupuesta la persona que representa, y á quien imita hablando, que es de Pastora, es la más propia y más gentil disculpa, y color, que podía dar á su mal color, decir que había andado en el campo al sol, forzada de sus hermanos, que como pastores, era gente tosca y de mal aviso. Donde dice, *mi viña*, en el hebreo tiene doblada fuerza, porque dice, *mia, remia*, dando á entender, cuán propia suya es, y cuánto cuidado debe tener de ella: como si dijera, la mi querida viña, ó la viña de mi alma, que por tal es tenido de las mujeres todo lo que toca á su buen parecer, y gentileza.

(1) Hay dos partes en nuestra alma: una divina, que de su hechura y metal mira al cielo, y apetece cuanto de suyo es (si no la estorban, ó escurecen, ó llevan) lo que es razón y justicia... Otra de menos quilates, que mira á la tierra, y que se comunica con el cuerpo con quien tiene deudo y amistad, sujeta á las pasiones y mudanzas de él... Estas dos partes son como hermanas nacidas de un vientre en una naturaleza misma, y son de ordinario entre sí contrarias, y riñen, y se hacen guerra. Y siendo la ley, que esta segunda se gobierne siempre por la primera; á las veces como rebelde y furiosa, toma las riendas ella del gobierno, y hace fuerza á la mejor: lo cual le es vicioso, así como les es natural el deleite, y el alegrarse, y el sentir en sí los demás afectos que la parte mayor le ordenare. Y son propiamente la una como el cielo, y la otra como la tierra, y como un Jacob y un Esaú concebidos juntos en un vientre, que entre sí pelean. (*Nombre de Hijo, tom. III, pág. 318 y sig.*)